

El poeta, el gran poeta que se yergue siempre dominante en cualquiera de los Giraudoux que podemos hallar hurgando en el interior de esa linterna mágica que es su obra para teatro, gusta incidir con particular complacencia en aquellos deliciosos extravíos de lesa razón que en todo tiempo hicieron a sus hermanos en el dulce desvariar réprobos intolerables de todo Estado razonadamente construido o mantenido.

Dice Platón en su "República": "Diremos del poeta que establece en el alma de cada individuo un mal gobierno, halagando la parte irrazonable, aquella que no sabe distinguir lo más grande de lo más pequeño y juzga las mismas cosas ya como grandes, ya como pequeñas; que crea fantasmas y que se halla siempre a una infinita distancia de la verdad" (libro X).

Concedamos desde ya que en esto de que Platón los acusa, los poetas son incorregibles; y siempre cuando trataron de corregirse, dejaron de ser poetas. ¿Y por qué ir a enrostrarles tan luego ese vicio, cuando es su única virtud? Pero se puede ser poeta —es decir, creador— según sea la sustancia sobre la cual se ejerza la imaginación creadora. Y el filósofo griego, hacedor también de cosas bellas, creador de imágenes intelectuales que le valieron ser llamado "el Divino", no pudo sino hallar un hermoso nombre

# Y HUBO GUERRA

para los otros poetas, para aquellos "que se hallan a una infinita distancia de la verdad", como él creía; y así los llama: "oi tou eidōlou poiēteís": los formadores de apariencias, los creadores de fantasmas. Quien conozca la obra de Giraudoux convendrá en lo bien que engarza con ese nombre, tan poético a la vez que encerrando en sí una estricta definición.

No corresponde ahora hablar del Giraudoux fantasmagórico, impondable, del Giraudoux tenue, volátil como un aroma, irreal como un sueño —como un sueño pre-freudiano, es claro—, deliciosamente imaginativo como un cuentista oriental; del romántico y del clásico que juntos juegan poéticamente con la ironía, el "calembour" y el anacronismo; siempre sincero, siempre llano, siempre imprevisto, pero nunca desconcertante. Hemos tan sólo de referirnos ahora al humanismo y a la humanidad que se hallan contenidos, como en un ánfora antigua, en su vigorosa pieza "La Guerre de Troie n'aura pas lieu".

Aquí, el mundo imaginativo, el mundo poético, sigue primando. Giraudoux aparece siempre como un creador de apariencias, un hombre que no quiere contacto alguno con la realidad, la horrible realidad burguesa tipo siglo XIX, pero que, llevado a aceptar sus imposiciones, prefiere, en tanto humanista, considerarla más bien como una suerte de "anágke", una necesidad de tipo mítico, un destino inevitable regulado por fuerzas cuyo significado y origen, como poeta, no le interesa conocer, no quiere conocer, temeroso de asistir al derrumbamiento de sus muros ideales, elevados sin sustancia material, exhalados, que no edificados.

Pero la creación poética adquiere en "La Guerre de Troie n'aura pas lieu" un contenido de humanidad, un ímpetu vital, un tono de grito, que hacen del poeta el ardoroso intérprete de quienquiera sea, como él dice: "un hombre joven, una mujer joven, un niño al nacer", el ardoroso intérprete "de la alegría del vivir, de la confianza en el vivir, del impulso hacia lo justo y natural"; "del hombre adulto, de la mujer de treinta años, del hijo que se mide cada mes con muescas contra las jambas de las puertas,

del coraje, de la fidelidad, del amor"; "del roble frondoso y robusto, del buey rizado, del olivo; del que contempla el sol de frente; de todo un pueblo de aldeanos apacibles, de artesanos laboriosos, de miles de arados, de telares, de fraguas y de yunques".

Pero la intuición humana del poeta siente de pronto que todo esto tan viviente y tan grávido, en realidad nada pesa ante el plomo de la razón burguesa, aquella por la cual se arrastra a los hombres hacia la muerte infecunda, y que los retóricos de barricada o de tribuna dieron en llamar "razón de Estado". Entonces exclama el poeta por boca de Héctor, súbitamente abatido frente a Ulyses: "¡Oh, por qué, ante ti, todas esas cosas tan pesadas me parecen súbitamente tan ligeras!".

Y asistimos al desarrollo de la peripecia colocada entre toques de exquisita poesía, entre diálogos sutiles llenos de intención, de juegos de ingenio, de un relumbrar de agudezas que encandilan al oyente con su reverberación; dentro de un marco clásico que revive al viejo Homero, el "poietés" por excelencia, aromatizado por la deliciosa frivolidad de la eterna mujer, Helena de Troya —y no olvidemos aquí a su insustituible creadora, Madeleine Ozeray—, en quien por un momento cree Héctor descubrir la



# EN TROYA

En torno al humanismo  
y a la humanidad de  
GIRAUDOUX

causa, fácil de alejar, de la inevitable catástrofe; marco clásico que el poeta rompe inesperadamente con sus abundantes anacronismos, como aquel "Oh! lá! lá!" tan de "boulevard" parisiense, que una mujer del pueblo arroja en pleno diálogo entre Hecuba, Príamo, Héctor y Paris. Ese colocar a tiempo una "midinette" entre los cantos dorados de un tomo in-folio de la Iliada, es muy de Giraudoux, como es muy de nuestra época, huyente siempre de la solemnidad, esquivando lo patético, evitando el melodrama, tratando de que lo serio, lo trágico, aparezca desnudo de retórica, del horrible énfasis con el cual nuestros abuelos gustaban sonarse las narices. Por algo los pañuelos eran más grandes que los nuestros. Con todo, los actuales podrían ser aun más pequeños, pero los fabricantes saben bien que todavía quedan rezagados, y se aprovechan de nosotros, los que sólo nos sonamos las narices cuando estamos resfriados.

En este cuadro vario, clásico y moderno a la vez, frívolo y serio, trágico y cómico, Giraudoux pronuncia, como hombre llano e incontaminado de ciencia y de lógica, su alegato contra la guerra calamidad de siempre, inexorable "anágke" que todo lo viviente lleva a cuesta en la misma alforja en que van sus vicios.

Héctor, el insospechable héroe troyano, vuelve, nimbado de victorias, de la guerra contra los otros pueblos del Asia Menor. Viene anheloso de paz, de amor, de trabajo fértil; deseoso de ver contra sus batientes las pesadas puertas de la guerra.

Y el guerrero, que antes amaba la guerra, vuelve ahora asqueado de sus deformidades y de sus negaciones, desengañado de todo aquel oropel sofisticado con que la adornan los viejos senadores y los megalómanos retóricos, para deslumbrar a los jóvenes, impulsándolos a desgarrarse entre sí como si realmente fueran enemigos y como si en verdad la guerra fuera engendradora de glorias o "higiene de los pueblos", como hoy han

dado en llamarla. He aquí lo que el guerrero victorioso confiesa a Andrómaca, su mujer: p. 25/27.

Pero Andrómaca, advertida ya por Casandra la profética, anuncia a Héctor que la guerra se ha introducido en los muros de Troya, penetrando junto con los ejércitos victoriosos: Paris ha raptado a Helena y los griegos vienen por ella.

El símbolo heroico de Ilion, el guerrero Héctor, se ha convertido ahora en un hombre liso, sin hinchazón; no aspira ya a ser un pretendido artífice de historia, un instrumento inconsciente de la estulticia social; clama por su derecho a la vida individual, al goce de la paz, al ejercicio de los bienes que la tierra otorga a quienes se inclinan hasta ella. Por lo tanto, resulta muy natural no verle actuar y hablar como un héroe de manual "ad usum Delphini". No habrá arrogancia en sus actitudes, ni insolencia en sus palabras. Recibirá con humildad cristiana —otro anacronismo del poeta— la cachetada de Oiax, el guerrero griego; doblegará la voluntad de la frívola, y como frívola, cruel, Helena; creará intereses en torno a Príamo y a Paris; ganará la voluntad del mismo Oiax, quien, vencido por tanta nobleza, retira su insulto; se atraerá al mismo Ulyses, luego de una escena magnífica; a las mujeres troyanas no habrá menester atraérselas: todas las mujeres han sido siempre enemigas de la guerra. Mas Héctor advierte que lucha contra fuerzas superiores, que combate contra lo inexorable, nada menos que contra el destino, la implacable "anágke": "Con cada triunfo logrado —dice— presiento que las apuestas disminuyen". Sin embargo, el único bien restante para el hombre luego que Pandora hubo destapado el vaso fatal, le impulsa a continuar su brega en pro de la humanidad, de cuyos derechos se sabe protector.

¿Y qué formas revisten en la pieza esas fuerzas de lo inexorable que, finalmente, muerto el poeta troyano, como dice Giraudoux, dieron la palabra al poeta griego? Pues revisten todas las formas de la estupidez humana: las de la "dignidad nacional", usadas precisamente por todos aquellos que han arrojado como un andrajo la opaca y limpia vestimenta de la dignidad personal, por aquellos vejetes disneicos que a tropezones suben y bajan escaleras para, alternativamente, gritar desde las terrazas superiores: ¡Viva Helena! ¡Viva la Belleza! ¡Viva Venus! (todas palabras sin erres, observa Casandra, a causa de su falta de dientes que les hace mascullar lo que ellos creen ser gritos), y tratar de sorprender desde abajo los encantos de Helena, mientras ésta coquetamente ajusta su sandalia; revisten formas de viejos senadores, los que proveen al pueblo de grandes frases para mejor embriagarlo y, por consiguiente, mejor conducirlo; de la codicia propia de los pueblos llamados "fuertes", que hablan por boca de Ulyses, finalmente sincero y noble ante la grandeza humana de Héctor.

Y he aquí los argumentos de todos ellos, las palabras de ayer y de siempre. Dice Príamo a las mujeres de Troya: p. 61|62.

---

#### Págs. 61/62

**Príamo.** — ¿Sabéis, por qué os halláis ahí, tan bellas todas, y tan valientes? Es porque vuestros maridos y vuestros padres y vuestros antepasados fueron guerreros. Si hubiesen sido perezosos en las armas, si no hubiesen sabido que esa ocupación opaca y estúpida que es la vida se justifica de súbito y se ilumina gracias al desprecio que los hombres sienten por ella, vosotras seríais las cobardes. No hay dos modos de hacerse inmortal en la tierra, es olvidando que se es mortal. Hija mía, la primera coberdía es la primera arruga de un pueblo.

**Andromaca.** — ¡Se muere siempre por su patria! Cuando se ha vivido en ella dignamente, activamente, sabiamente, es por ella también que se muere. Los que han sido muertos no están tranquilos bajo tierra, Príamo. No se transforman en su gleba, en su carne. Cuando hallamos bajo el suelo una osamenta humana, hay

Y ahora hablan los apologistas bélicos, los poetas de la guerra, mantenedores de la fiebre de odio y de sangre: p. 106.

Deliberan los senadores: Demokos, el poeta; y el geómetra: p. 107/109.

Aunque todos aparecen confabulados para burlarlo, el destino debe cumplirse: Helena accede a partir; Paris consiente en separarse de su tesoro blanco y rosa; Oiax apoya a Héctor; Ulyses, ganado por la grandeza del héroe troyano, está de acuerdo en partir llevándose a la bella griega, aun comprendiendo que él también lucha en vano contra el destino, y que son muchos los cuatrocientos sesenta pasos que separan el palacio de las naves helénicas.

Y Ulyses parte; y ya va a alcanzar las altas bordas de sus navíos, cuando de pronto surge el agonista invisible de todo el teatro griego —y vaya esto a cuenta del clasicismo de Giraudoux—, la fatalidad, la “anágke” helénica. Y Oiax, embriagado por obra del destino, para dócil instrumento de sus órdenes, aparece en escena.

Un esfuerzo más, el último: Héctor debe aun consentir con que el griego borracho intente acercarse a su mujer —¡todo sea por la paz!—. Pero ya Casandra la profética lo arrastra, pretendiendo, junto con él, arrastrar también al destino fatal.

Y ya tenemos el desenlace y la tragedia cumplida. Oiax es muerto en su camino hacia las finas naves aqueas, por culpa del viejo Demokos, quien le culpa del lanzazo recibido por mano de Héctor. Nada podrá detener ahora el cumplimiento de lo inexorable. ¡Y hubo guerra en Troya!

CARLOS A. FAYARD.

---

siempre una espada cerca suyo. Es un hueso de la tierra, un hueso estéril. Es un guerrero.

**Hécuba.** — O entonces que los ancianos sean los únicos guerreros. Todo país es el país de la juventud. Muere cuando la juventud muere.

Pág. 106

**Demokos.** — La conozco muy bien la guerra. Mientras no está presente, mientras sus puertas se hallan cerradas, bien pueden todos insultarla y rechazarla impunemente. Desdeña las afrentas de épocas de paz. Pero, desde que aparece, su orgullo se aviva, sólo se gana su favor cumplimentándola y acariciándola. Es entonces misión de quienes saben hablar y escribir, el alabar la guerra, el adularla sin descanso en los lugares claros o equívocos de su enorme cuerpo; de lo contrario se enajena uno su voluntad.

Pág. 107

**Demokos.** — De acuerdo, pues, en cuanto al canto de guerra. ¿Por qué te agitas, Geómetra?

**El Geómetra.** — Es que hay cosas más apuradas que el canto de guerra, mucho más apuradas.

**Demokos.** — ¿Te refieres a las medallas, a las noticias falsas?

**El Geómetra.** — Me refiero a los epítetos. Antes de arrojar sus lanzas, los guerreros griegos se arrojan epítetos: “¡Primo de sapo!”, se gritan. “¡Hijo de buey!”. ¡Se insultan, en una palabra! Y tienen razón. Saben que el cuerpo es más vulnerable cuanto más vivo se halla el amor propio. Guerreros conocidos por su sangre fría, la pierden al instante cuando se les trata de “verruga” o de “cuerpo tiroideo”. Nosotros los troyanos carecemos terriblemente de epítetos.

**Demokos.** — El Geómetra tiene razón. Somos los únicos que no insultamos a nuestros adversarios antes de matarlos...

**Paris.** — ¿No te parece suficiente que los civiles se insulten, Geómetra?

**El Geómetra.** — Los ejércitos deben compartir los odios de los civiles.